

que relampagueó el Dios Criador, y descendió de los cielos el Decálogo de nuestra moral; aquel risueño pueblo de Nazaret, cuyos humildes hogares presenciaron la tradicional Anunciación del Angel, que todos los días invocan los católicos al són de las campanas en el poético anochecer; desde el portal de Belén hasta las cumbres del Calvario; los armoniosos edificios y simulacros helenos, reveladores de la ciencia y del arte; las sacras cimas del Capitolio, que fluyeron las ideas del derecho civil; el Vaticano que nos diera la ciudad espiritual en los siglos medios; la cueva donde talló Guttenberg los tipos de imprenta; la carabela en que halló Colón el Nuevo Mundo; la cometa de Franklin, que puso en las manos humanas el rayo celeste, deberán levantarse junto á los Estados Generales y junto á la iglesia donde por vez primera se reunieron, como puntos y términos que son todos ellos, y mucho más omitidos ahora, de nuestra gloriosa redención.



CAPÍTULO VIGÉSIMO-TERCERO

La Asamblea Nacional

INDUDABLEMENTE una tan grave y magna obra como el gobierno de las naciones por sí mismas, constituido en Europa entera, necesitaba larguísima preparación y pedía meditados preliminares. Aquellos organismos y aquellas especies, que deben vivir por siglos de siglos, piden una larga gestación, y llegan á nacimiento muy penoso, como provenientes de muy perturbados orígenes. El nuevo régimen debía sustituir al antiguo cuya duración fuera de veinte siglos. Puede asegurarse que las monarquías europeas nacieron el mismo día que naciera el Imperio romano. La mente de César generó mucho antes de la venida del Salvador tan maña institución, á cuya sombra vivieran, adorándola y sirviéndola, innumerables generaciones. Así excede la secular antigüedad del principio monárquico á la secular antigüedad del principio religioso en seis ó siete siglos. Aunque Teodosio en la quinta centuria proclamara el Catolicismo religión oficial del Imperio, los bárbaros siguieron las doctrinas arrianas; y la Iglesia no se levantó junto á la Monarquía; sino tras la conversión de Clodoveo en Francia y la conversión de Recaredo en España. Régimen de tanta duración debía ser sustituido por otro régimen de larga duración también. Y estas instituciones durables no se generan, no se producen, no se crían, sino después de una gestión social muy prolongada y en una preñez muy trabajosa. El traspaso de la gobernación pública desde un Rey solo á un pueblo entero debía estar tan lleno de zozobras y de sorpresas como el paso por esas líneas equinociales ó por esos estrechos tormentosos que dividen los hemisferios

ó que preceden á los polos. Desde la gobernación pública por un Rey á la gobernación pública por un pueblo mediaba una distancia moral inconmensurable, llena toda por desgracia de abismos y henchida de tormentas. Al pasar el Estado llano ante los ojos de la multitud parisién, allí congregada, para pedir sus auxilios y su inspiración al Espíritu Santo, evocaba un recuerdo bien sacro, el recuerdo de los cenáculos apostólicos, conservado en las Actas y en los Evangelios cristianos. Pobres aquellos apóstoles de la santa nueva, y pobres también estos apóstoles de la revolución creadora; sin armas unos y otros; por su origen muy oscuros y por sus profesiones verdaderamente misérrimos; sin poder alguno en altas cimas sociales, donde campeaban los ídolos y los Césares; debían derribar á éstos, que se ostentaban en sus tronos y en sus altares con brillo tan intenso y fuerza tan maravillosa, sin otros medios que la idea de sus mentes y la palabra de sus labios, palabras é ideas verdaderamente progresivas. Los unos, los apóstoles, recibían del Espíritu-Santo la llama del ideal nuevo que debían llevar á las conciencias; los otros, los revolucionarios, fundían, para forjarla de nuevo, en ese fuego ardiente, la vieja sociedad. Diez y ocho siglos habían transcurrido y necesitádose para que los principios evangélicos se aplicasen á las instituciones políticas. ¿Qué mucho, pues, si la constitución del cenáculo popular costaba tanto á la sociedad y sufría dilaciones congruentes con su extraordinaria importancia? La revolución estaba en muy confuso germen. Parecíase al protoplasma gelatino, de donde arrancan los rudimentos de las raíces del organismo. Trabajo hercúleo definirla con claridad, clasificarla con método, hacer, limitándola y reduciéndola por todos los caminos á la realidad, que penetra en la vida y sirviese á las generaciones humanas. En estas grandes obras tócale siempre á los apóstoles y á los fundadores, el martirio demandado por toda redención. Mártires fueron los apóstoles que se congregaron en el Cenáculo de Jerusalén y mártires los apóstoles que se congregaron en el Cenáculo de Versalles. Ante tales signos reveladores de una invariable ley precisa reconocer la Providencia en el universo y á Dios en la Historia.

El palacio y la Iglesia lucían aún como dos faros en las riberas del tiempo. Mas lo porvenir no tenía luz. Y una voz secreta, un ciego impulso, una especie de movimiento incontrastable arrastraba los hombres de tal edad hacia él á la continua, como fuerzas de atracción y corrientes de magnetismo arrastran unos seres á otros seres y los enlazan y sostienen á todos. ¡Pobres revolucionarios! Maldecidos y martirizados como todos los redentores, víctimas del odio de los tiranos porque han abierto camino á otra nueva sociedad y de la ingratitud de los tiranizados, porque no han podido suprimir en un solo día el tiempo, devorar el espacio, llegar con su vida individual hasta los últimos ideales de la vida humana, los infelices representan una verdadera personificación. Allá, en los abismos hondísimos de la sociedad en sus espesas tinieblas, al pie de los castillos feudales rematados por las tristes horcas donde penden los cadáveres que los cuervos devoran y que los lobos husmean; junto al surco abierto en la tierra infame de la gleba por el trabajo maldecido,

nacieran todos condenados á la servidumbre eterna y al eterno dolor; sin la posesión de sus brazos, sin la seguridad de su hogar, sin honra ninguna para sus familias, sin más fin que engendrar seres tan desgraciados como ellos, expuestos á perder su casa con una simple carta dictada por el capricho y su vida por un arrebato del señor; más fríos y más inertes que las piedras sobre las cuales se levantan las ceñudas fortalezas; más despreciados que los animales de carga; descendientes de cuantos llevaron en sus carnes la marca de la infamia y el clavo martirizador de la servidumbre; hijos de un mundo cuyos blasones se encontraban en las hogueras de la Inquisición y en los potros del tormento; y, sin embargo, llamados por Dios al más extraño de todos los ministerios y al más espinoso de todos los destinos históricos, á destruir ese viejo mundo que se cuarteaba y morir aplastados entre sus ruinas sin poder llegar á la tierra prometida, al nuevo mundo de la justicia y del derecho, cuyo tranquilo ideal llevan en la mente y cuya realización plenísima vedada está sin esperanza ni remedio á su infeliz y tormentosa vida. Cuantos observaran aquella procesión vieran ya dibujarse todos los incidentes de la tragedia próxima á representarse en el escenario de la Historia. El Estado Llano era el más festejado, porque era el más revolucionario. La corte había cerrado media puerta el día primero que entró en Versalles á ver al Monarca, mientras la abriera de par en par á la nobleza y al clero. Pero el pueblo había cerrado su corazón á estas dos clases tan festejadas en palacio y lo había abierto al herido y menospreciado Estado Llano. En la procesión ocupaba el lugar inferior: iba delante esta humilde clase y detrás la corte; pero en la pública consideración, en el aplauso, ocupaba el lugar primero. Solamente podían con él competir y á él acercarse aquellos nobles ó aquellos sacerdotes que habían huido de su clase y abandonado sus privilegios, el sacerdote Sieyes, el general Lafayette, el conde Mirabeau. Hasta en las particularidades más mínimas se veía el empeño con que la Historia, la Naturaleza, la Providencia, supieron agrupar aquellos acontecimientos y aquellos personajes. Había en la procesión dos hermanos del mismo apellido, dos diputados que se llamaban Mirabeau; elegido el uno por el pueblo para representar la libertad y el otro por la nobleza para representar la reacción. Mientras aquel que representaba libertad tenía la mente vastísima de un pensador de primer orden, la palabra iluminada de un apóstol de las ideas, en su acento la tempestad, en su mirar el rayo, en sus brazos la fuerza indispensable á remover y derribar un mundo, titán de la revolución; el que representaba las reacciones, cuyo espíritu siniestro hervía en las altas clases, era un sér vulgar, torpe, inseguro, rechoncho, deforme, borracho, de tal suerte que si el uno se llama Mirabeau - ideas, el otro debía llamarse Mirabeau-tonel en la pintoresca lengua de aquel tiempo. No hay por qué decir cuántas risotadas le acompañarían cuando pasaba este monstruo bajo sus arcos y sus preseas, risotadas sólo comparables á la idea y al furor que despertaba el triunvirato reaccionario, los tres príncipes que protestaban contra las reformas, el conde de Artois, el de Condé y el de Conti. Solamente el Rey merecía por su bondad que del odio general exceptuaran su

sagrada persona. La Reina, en cambio, más orgullosa que nunca, más contrariada por la gravísima enfermedad de su hijo primogénito, con cierto desdén provocador en sus ojos, con cierto aire de cansancio en su persona, captábase miradas de odio, que no podía contrastar su hermosura, pues diríase que todas las ráfagas de la revolución, al subir hasta ella, subían en revuelto torbellino á lo que en realidad era por su poder y por su influjo la más alta cima de aquella sociedad. Pero, ¿qué debía extrañarle cuando la revolución asaltaba hasta el púlpito y hablaba hasta por los labios que se imaginaban encendidos en los carbones de Isaías y tocados por las divinas alas del Espíritu Santo? El obispo de Nancy, en la iglesia y á presencia del Sacramento descubierto, desde las alturas del púlpito, cuando podía pasear su mirada sobre tantos privilegiados como se reunían á sus pies, y en cuyos brillantes las luces del santuario se reverberaban y partían en chispas de colores, habló como hablaban los antiguos profetas, con palabras de indignación y de cólera contra los poderosos del mundo mezcladas á palabras de compasión y de ternura para las desgracias y las miserias del pueblo. ¡Cuántas esperanzas en los corazones! ¡Cuánto gozo en los ánimos! ¡Qué risueño aquel día en que, á través de ceremonias idealizadas por el contagioso y general entusiasmo, se descubren los horizontes del porvenir inundados por mares de luz! Los desgraciados creen que las sociedades se mueven á las ideas nuevas tan fácilmente como sus propios corazones se entusiasman, y cuando palpan las realidades de la vida y las tardanzas de la Historia, se vuelven rabiosos contra la misma que han adorado y le atribuyen sus desventuras aumentadas por lo grave que son los tránsitos de un punto á otro de la Historia, y por lo gravísimo que son los desencantos naturales á la vida y mucho más á los arrebatos y á las impacencias de la fe. Así no es mucho que las gentes vulgares ignoren: 1.º, cómo toda transformación es lenta; 2.º, cómo toda reforma se realiza por una serie de reformas; 3.º cómo en la sociedad más que en el campo, quien planta un árbol secular jamás recoge sus frutos.

La situación política se contenía y encerraba entonces en fórmula curiosísima. El Estado popular se hallaba en su tiempo en el siglo décimo-octavo; pero el Rey, la Reina, los príncipes de la sangre, la corte y los cortesanos, hallábanse allá por el siglo décimo-séptimo. Desde 1614 no se habían reunido Estados generales en Francia. El mundo desde tal año hasta fines de la centuria pasada se había movido mucho y la corte quedó petrificada, mirando los tiempos viejos en que los Estados Generales aparecían como un cuerpo consultivo, y á lo más peticionario, sin enterarse del tiempo nuevo á cuyo espíritu los Estados Generales, en su parte más numerosa; en su parte popular, querían instituir una grande Asamblea nacional. Así, cuando la procesión acababa de celebrarse y la Reina de recluírse dentro de su camarín particular, le sobrecogió epiléptico ataque, tan intenso, que parecía en inminente trance de muerte la infeliz y ciega soberana. Cuáles sacudimientos aquel su cuerpo tendría y cuáles desarreglos sus nervios y cuáles esforzados espasmos sus músculos, que desgarró el

vestido con que á la procesión se había presentado, y rompió en pedazos hasta los brazaletes que ceñían sus puños. Mientras al Rey lo habían recibido con aplauso, habíanla insultado á ella con desvergüenza. El nombre más odioso á su corazón, y que resonaba en sus oídos con más infernales acentos, el nombre de Orleans, vióse aclamado en todas partes, no tanto por amor á quien lo llevaba, como por odio á la infeliz regia víctima. Nunca la Reina viera la revolución popular tan cerca y nunca se le apareció tan lejos el puerto desalud. Uníase á esta causa de tristeza otra profundamente acerba, y para ella muy honrosa: la enfermedad gravísima y mortal del primogénito, heredero de la corona, y asaltando por un mal terrible semejante á una deformación ó descomposición en vida. Las caderas aparecían desiguales tiesos los brazos, la fibras doloridas, como si las atravesasen alientos de fiebres subseguidos por escalofríos de cuartana, trémulos todos los nervios y agitados por una convulsión perdurable; los ojos casi extintos; la lengua tartamuda, sufriendo ataques, por tal manera horribles, que le deseaban cuantos lo veían, por un efecto de suprema compasión, la muerte consoladora y próxima. Este dolor debía taladrar las sienes de aquella infeliz, aumentando á sus ojos los peligros, y cerrándole, dentro del corazón, puertas á la esperanza. Luego sus propias amigas, como la Polignac, sus parientes más próximos, como Artois, atribuían todo aquel relevo de ideas tempestuosas y todo aquel resuello de pasiones volcánicas á debilidades múltiples del Rey agravadas por la inconsistencia en los propósitos y la volubilidad en los deseos de su altanera y apasionada mujer. Y dijeran lo que dijeran tanto y tanto reaccionario, como pululaba por doquier, los Estados Generales habían aparecido de antiguo nasta en las cumbres más altas de la sociedad como el único seguro que podía ya en el mundo quedarle á la Monarquía en peligro. De la caballerosidad, y de la pureza, y de la justicia con naturales al honrado Malesherbes, así como de sus sentimientos monárquicos, nadie podía dudar; y este mesurado estadista señalaba los Estados Generales como única tabla en aquel naufragio deshecho de aquella sociedad en subversiones perpetuas. Fenelón unía con la ciencia más alta la virtud más pura; capellán y maestro de Reyes; educando herederos del trono y queriéndolos tiernamente; á pesar de que adoleciera del espíritu sobradamente místico que lo llevó al confín de la herejía y que algunas utopías escribiera en sus libros de regia educación, por lo cual aparece ante la posteridad su Telémaco, y tan leído como el opuesto polo, el Emilio de Rosseau, tan criticado; Fenelón pide los Estados Generales con anticipaciones proféticas, mucho antes de que la necesidad colectiva los impusiese con imperio y el Rey los llamase mal de su grado. Pero la reina, que veía en todas partes aquellos signos del tiempo, á los cuales no podía hurtar el espíritu, príncipes revolucionarios, profetas iluminados, dramaturgos con comedias excitadoras de la revolución; arzobispos anatematizados por la conciencia pública, generaciones de siervos levantadas sobre las arrugas del terruño, relampagueantes nubes de ideas nuevas descendiendo sobre su coronada frente, y aspiraciones del pueblo conmoviendo su trono, apenas